

“VAYAN A JOSÉ”

*Hermano George Schmitz, C.S.C.
Provincia Moreau*

A todos les envió mis más cordiales saludos durante este año dedicado a San José. Me da mucha satisfacción compartir con ustedes unas reflexiones sobre el profundo amor de Dios y el inalterable compromiso con realizar su voluntad que nos muestra en el corazón de San José.

“Vayan a José”. Estas palabras escuchamos temprano en la historia de la salvación. Son las palabras del Faraón que encontramos en el libro de Génesis. José, hijo de Jacob y muchacho esclavo interpretó el sueño del Faraón, indicando que después de los siete años de abundancia, venían siete de hambre. Su predicción lo elevó a un cargo similar al del primer ministro. Sabiamente avisó a la gente que durante el tiempo de abundancia deberían recoger en las bodegas unas provisiones. Y cuando llegó el hambre a causa de la sequía y la gente clamó al Faraón pidiendo el pan, les dijo “Vayan a José y haz lo que les diga.” Y este mismo consejo—Id a José—fue adoptado por nuestro fundador y llegó a ser el mantra del Hermano San Andrés. Dado un consejo tan sabio, nosotros también podemos ir a San José con mucha confianza. Nunca deberíamos dudar en dirigirnos a San José, pues será para nosotros un compañero fiel a lo largo de la vida.

Además, Teresa de Ávila, una poderosa santa, sabía de esto. En su autobiografía, menciona que por intercesión de San José fue sanada de una enfermedad grave. “Asumí como patrón y señor al glorioso San José y me entregué con confianza a él. Descubrí que me había liberado tanto de mi enfermedad como también de unos otros problemas mayores relacionados a mi honor y la pérdida de mi alma. Me otorgó más bendiciones increíbles que yo podría haberle pedido. Nunca me recuerdo de haberle pedido algo que no me concedió. Me sorprenden los grandes favores que Dios me ha otorgado por medio de este bendito santo...”

Santa Teresa es más conocida por su trabajo de renovación a favor de la Congregación de las Carmelitas. Es fundadora de diecisiete monasterios, de los cuales doce llevan el nombre de San José.

El nacimiento de un niño en sí, trae mucha alegría a los padres. También, ocurre otro momento feliz después de cumplir un año, cuando la criatura emite sus primeras palabras. Los papás se emocionan al intentar hacerle repetir la palabra. ¿Qué dijo? ¿Qué es lo que acabamos de escuchar? Dilo otra vez—mamá, papá. Nos lleva a preguntarnos “¿Cuál habría sido la primera palabra que pronunció Jesús? ¿Podría haber sido la palabra “Abbá”? Sabemos que Jesús llamó a Dios Abbá y que en Arameo significa algo equivalente a “Papito”, o cualquier palabra amorosa que se ocupa con los padres. Jesús sintió la confianza como para llamar a Dios Abbá porque para él San José fue su abbá, su papá, su papito—un padre tierno y amoroso. La imagen de Dios

que tenía Jesús cobró forma por la imagen que tenía de San José. La compasión, la misericordia, y el amor arraigados en el corazón de Jesús fueron sembrados y cultivados en él mientras observaba a San José. Como niño, Jesús vio a San José cuidando a María; observó como se relacionó con los clientes; lo vio cuando se esforzó para ayudar a los vecinos. Sin lugar a dudas, Jesús había escuchado de las circunstancias de su nacimiento y se dio cuenta de las acciones correctas de San José en ellas. ¿Es posible que San José sea la inspiración detrás de lo que escuchamos en las parábolas de Jesús?

Durante un sermón que predicó con ocasión de la fiesta de San José, el Beato Basilio Moreau dijo: “En medio de la pobreza y la angustia del Salvador, San José respondió a la voluntad de Dios y aceptó la custodia de Jesús. Se ocupó de sus necesidades; le mostró la afección de su corazón; cumplió con los deberes de padre. San José consiguió para Jesús la alimentación que hizo que su sagrado cuerpo creciera en fortaleza y estatura y llenó sus venas con la preciosa sangre que será derramada para la salvación del mundo. Así es que Dios le dio la divinidad a Jesucristo, María le dio el cuerpo humano, y nuestro santo patrón se ocupó de su bienestar.

Mi reflexión sobre este fragmento del sermón de Padre Moreau, me hace pensar en el pasaje del Evangelio de San Mateo donde el evangelista nos dice que José fue un hombre justo, y que no tenía ninguna intención de denunciar a María ante la ley. Aún más, confiado en la revelación del ángel Gabriel, San José “hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, y acogió a María en su casa como esposa. (Mateo 1:24)

Por medio de la segunda de nuestras constituciones proclamamos: “Para que el reino llegue a este mundo, los discípulos deben tener habilidad para ver y valor para actuar.” El Evangelio nos muestra que José fue un hombre poseído del valor de actuar a favor de la Voluntad de Dios. San José fue un hombre de acción, siempre en movimiento de tal manera que el plan de Dios pudiera cumplirse. Así que, obediente a la advertencia de Dios, se preparó para viajar a Belén para el censo, huyó a Egipto con María y el niño Jesús para escaparse de Herodes, y regresó a Nazaret después de la muerte de Herodes. Aunque estos fueron eventos importantes, las Escrituras documentan pocos detalles, ni siquiera una palabra de San José. La única indicación que tenemos de que José fuera un hombre conocido y respetado por la comunidad local se encuentra en el pasaje del Evangelio donde, al contemplar la fuente del poder y la autoridad de Jesús los vecinos dicen: “¿Dónde aprendió éste todo lo que sabe? ¿Cómo puede hacer esos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero?” Mateo 13:54-55)

Aunque el sueño le perturbó y confundió nuestro patrón José, el hombre justo, aceptó la asombrosa revelación del ángel Gabriel y mostró por medio de su acción la profundidad de su capacidad de ver y su valor para actuar. El Evangelio nos dice que San José ya había establecido su hogar antes del encuentro con el ángel Gabriel. El hecho en sí nos muestra a un hombre totalmente comprometido a su vocación de esposo amoroso y proveedor de las necesidades de su prometida, y un abnegado padre de familia.

Crear un hogar es fundamental para que el amor familiar crezca y florezca. Así que es esencial que entendamos el ambiente cotidiano de ese humilde hogar en medio de la pequeña aldea de Nazaret, para apreciar la misión del niño a quien José le dio el nombre Jesús-Emanuel. Podemos preguntarnos: ¿De dónde consiguió Jesús su conocimiento del Reino de Dios? Tiene que ser que provino de las enseñanzas de San José durante los años formativos en Nazaret. La casa de la Sagrada Familia fue un humilde hogar con una misión profunda a favor del mundo y la humanidad. Fue allí en Nazaret, que los elementos fundamentales del Evangelio, la buena nueva que predicó Jesús, comenzaron: que el amor de Dios no tiene condiciones y por lo tanto, podemos confiar en el plan que Él nos tiene. El abnegado amor de San José, quien fue el “papito” humano de Jesús, llegó a ser el amor sin condiciones de su “patito” divino.

No es sólo por ser el comprometido de María que San José llegó a ser una figura central de la historia de la encarnación. Los planes que Dios nos tienen no ocurren por casualidad o por pura coincidencia. Dios eligió a San José para enseñar a Jesús más que un oficio para sostenerse. Dios escogió a San José como instrumento de su plan de salvación. El encargo dado a San José, aunque desconocido, fue de formar a Jesús para la misión de Dios. Como San José aprendió conformar su corazón a la voluntad de Dios, así le educó a Jesús. La oración de Jesús en Getsemaní, “no se haga mi voluntad, sino la tuya”, es una oración de confianza que refleja la habilidad para ver y valor para actuar, del mismo hombre que acogió en su hogar a María como esposa.

En su sermón con ocasión de la fiesta de San José, el beato Basilio Moreau dice que San José mostró el afecto de su corazón. Sembró en el corazón de Jesús la semilla de amor que creció y llegó a ser nuestra redención. Cuando damos honor a San José o rezamos a él, es recomendable contemplar la teología del corazón que manejó el Padre Moreau, y abrirnos como lo hizo Jesús, al amor que emana del corazón de San José. Y en el Hermano San Andrés tenemos un ejemplo excelente de tal práctica.

La mayoría de nosotros aprendemos acerca de nuestros antepasados por medio de las historias que nuestros padres nos cuentan. Pienso que fue igual con Jesús. Al crecer en edad y gracia, aprendió de San José acerca de la historia de su familia, que es en efecto, la historia de la salvación.

Siendo descendientes de los esclavos en Egipto, fueron y a la vez, los hijos e hijas de la promesa.

Los profetas y los salmistas fueron sus antepasados.

Un ángel anunció su nacimiento.

La familia sufrió la falta de vivienda y las amenazas.

Pasaron años como refugiados fuera de Palestina.

¡Imagínense cuan impactante habría sido celebrar la cena Pascual durante su exilio en Egipto, cuando San José partió el pan ácimo y compartió la copa de bendición con Jesús!

Las conexiones entre el José que fue el Primer Ministro de Egipto según el antiguo testimonio y San José son profundas, y sin lugar a dudas las reconoció Jesús.

Los dos José:

Fueron descendientes de Jacob.

Fueron de la realeza. El primer José fue patriarca y San José fue descendiente del rey David.

Los dos fueron a Egipto; uno vendido como esclavo y el otro huyendo de la persecución de Herodes.

Ambos tuvieron cargos de autoridad; el primer José encargado de la casa del Faraón y San José de la casa de la Sagrada Familia.

Finalmente, como los Israelitas acudieron al primer José cuando tuvieron gran necesidad, nosotros también podemos acudir a San José cuando estamos necesitados. ¿Y quién lo sabía mejor que el Hermano San José, quien les avisó a los que le pidieron ayuda: “Vayan a José”?

Mencioné previamente que creo que las parábolas reflejan las lecciones que Jesús aprendió bajo la custodia de San José. Cierro por referirme a tres de ellas para la oración y reflexión de ustedes.

El buen samaritano. (Lucas 10:30-37) ¿Cuántas veces observó Jesús que San José se esforzó para ayuda al otro? ¿En qué medida vio a San José entregarse para ayudar a un amigo o hasta a un forastero necesitado?

El siervo fiel. (Lucas 12:35-40) “Estén siempre listos, con la ropa bien ajustada y la lámpara encendida.” Esta descripción del siervo fiel es lo que Jesús observó cada día de su vida en Egipto y en Nazaret, a San José listo para servir, preparado a llevar a cabo la voluntad de Dios.

La oveja perdida. (Mateo 18:12-14) San José pasó tres días de angustia buscando a Jesús quien se quedó en el templo. Me imagino que el encuentro entre Jesús y sus padres que ocurrió después de los tres días de la búsqueda desesperada, no fue tan simpático como nos describe el Evangelio. Sin embargo, tal reunión tuvo un impacto importante en la vida de Jesús. Volvió con ellos y creció en edad y sabiduría. Cada vez que leo la historia de la búsqueda de San José a su hijo con preocupación, pienso en el pastor buscando a su oveja perdida.

San José, ruega por nosotros, los religiosos fieles de Santa Cruz. Nos acudamos a ti hoy y para siempre.